



Jesús nos amó

Hora Santa en la noche del Jueves Santo 2025

Jueves, 17 abril 2025

Delegación diocesana de Liturgia. Toledo

Hora Santa en la noche del Jueves Santo 2025

PREPARATIVOS

En este Año Jubilar la Hora santa consta de tres partes, que tienen como hilo conductor los textos de la reciente encíclica “*Dilexit nos*”, sobre el amor divino y humano del Corazón de Jesús, del papa Francisco. Tras un canto, cada parte consta de: un texto del Evangelio que hace referencia al título propio, la lectura meditativa de algunos puntos de la encíclica o un testimonio actual, un canto, un símbolo que se coloca junto al Señor y una oración que cierra el conjunto.

Para los signos preparar: un ancla, una estola, un cesto y papeles (y bolígrafos, lápices) para que, en la última parte, los fieles puedan escribir sus peticiones y echarlas en el cesto. Asimismo, preparar copias para que los fieles puedan rezar cada una de las tres oraciones que se proponen al final de cada bloque. Disponer también las canciones que se proponen u otras que se consideren apropiadas para cada una de las partes.

Himno del Jubileo

*Llama viva para mi esperanza, que este canto llegue hasta ti,
seno eterno de infinita vida, me encamino, yo confío en ti.*

Toda lengua, pueblos y naciones hallan luces siempre en tu Palabra.
Hijos, hijas, frágiles, dispersos, acogidos en tu Hijo amado.

ESTACIÓN AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

℣. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

℟. Amen.

℣. Viva Jesús Sacramentado.

℟. Viva y de todos sea amado.

Padrenuestro. Avemaría. Gloria

Comunión espiritual de San Alfonso María:

Creo, Jesús mío, que estás real y verdaderamente en el cielo y en el Santísimo Sacramento del Altar. Te amo sobre todas las cosas y deseo vivamente recibirte dentro de mi alma, pero no pudiendo hacerlo ahora sacramentalmente, ven al menos espiritualmente a mi corazón. Y como si ya te hubiese recibido, te abrazo y me uno del todo a Ti. Señor, no permitas que jamás me aparte de Ti. Amén

INTRODUCCIÓN

En la noche del Jueves Santo de este año santo jubilar de la esperanza somos invitados a participar en la Hora Santa junto a Jesús Sacramentado reservado tras la Misa de la Cena del Señor. Nos acompañarán en esta Hora de la agonía de Jesús en Getsemaní los textos de la reciente encíclica “Dilexit nos”, sobre el amor divino y humano del Corazón de Jesús, del papa Francisco:

«Nos amó», dice san Pablo refiriéndose a Cristo, para ayudarnos a descubrir que de ese amor nada «podrá separarnos». Pablo lo afirmaba con certeza porque Cristo mismo lo había asegurado a sus discípulos: «los he amado». También nos dijo: «os llamo amigos». Su corazón abierto nos precede y nos espera sin condiciones, sin exigir un requisito previo para poder amarnos y proponernos su amistad: «nos amó primero». Gracias a Jesús «nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído» en ese amor.

Pausa

CANTO: “Un corazón que late”

Hay un corazón que late, que palpita en el Sagrario, un corazón solitario que se alimenta de amor. Es un corazón paciente, es el corazón amigo, y camina en el olvido, el corazón de tu Dios. Es un corazón que ama, un corazón que perdona, que te conoce y que toma de tu vida lo peor. Que comenzó esta tarea una tarde en el Calvario y que ahora desde el Sagrario tan sólo quiere tu amor.

DECID A TODOS QUE VENGAN A LA FUENTE DE LA VIDA, QUE HAY UNA HISTORIA ESCONDIDA DENTRO DE ESE CORAZÓN. DECIDLES QUE HAY ESPERANZA, QUE TODO TIENE UN SENTIDO, QUE JESUCRISTO ESTÁ VIVO, DECIDLES QUE EXISTE DIOS.

Es el corazón que llora en la casa de Betania, el corazón que acompaña a los dos de Emaús. Es el corazón que al joven rico amó con la mirada, el que a Pedro perdonaba después de la negación. Es el corazón que lucha en el Huerto de los Olivos, que amando a sus enemigos hizo creer al ladrón. Es el corazón que salva por su fe a quien se le acerca, que mostró su herida abierta al apóstol que dudó.



PRIMERA PARTE: “EL ABBÁ DE JESÚS”

Del evangelio de San Lucas 22, 39-46

En aquel tiempo Jesús salió y se encaminó, como de costumbre, al monte de los Olivos, y lo siguieron los discípulos. Al llegar al sitio, les dijo: «Orad, para no caer en tentación». Y se apartó de ellos como a un tiro de piedra y, arrodillado, oraba diciendo: «Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya». Y se le apareció un ángel del cielo, que lo confortaba. En medio de su angustia, oraba con más intensidad. Y le entró un sudor que caía hasta el suelo como si fueran gotas espesas de sangre. Y, levantándose de la oración, fue hacia sus discípulos, los encontró dormidos por la tristeza, y les dijo: «¿Por qué dormís? Levantaos y orad, para no caer en tentación».

Jesús se presenta como camino para ir al Padre: «Yo soy el Camino. Nadie va al Padre, sino por mí». Él nos quiere llevar al Padre. Así se entiende por qué la predicación de la Iglesia, desde los comienzos, no nos detiene en Jesucristo, sino que nos conduce al Padre. Él es quien, en último término, como plenitud fontal, debe ser glorificado. Detengámonos, por ejemplo, en la Carta a los Efesios, donde se puede advertir con fuerza y claridad cómo nuestra adoración se orienta al Padre: «Doblo mis rodillas delante del Padre»; «hay un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, lo penetra todo y está en todos»; «siempre y por cualquier motivo, den gracias a Dios, nuestro Padre». El Padre es aquel «a quien nosotros estamos destinados».

Pausa

Por eso, decía san Juan Pablo II que «toda la vida cristiana es como una gran peregrinación hacia la casa del Padre». Es lo que experimentó san Ignacio de Antioquía de camino al martirio: «Siento en mi interior la voz de un agua viva que me habla y me dice: “Ven al Padre”». Es ante todo el Padre de Jesucristo: «Bendito sea Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo». Es «el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria». Cuando el Hijo se hizo hombre, todos los deseos y aspiraciones de su corazón humano se orientaban hacia el Padre. Si vemos cómo Cristo se refería al Padre podemos advertir esta fascinación de su corazón humano, esta perfecta y constante orientación al Padre. Su historia en esta tierra nuestra fue un caminar sintiendo en su corazón humano un llamado incesante de ir al Padre.

Pausa

Sabemos que la palabra aramea que él usaba para dirigirse al Padre era “*Abba*”, que significa “*papito*”. En su época algunos se molestaban por esa familiaridad. Es la expresión que usó Jesús para comunicarse con el Padre cuando aparecía la angustia de la muerte: «*Abba —Padre—, todo te es posible: aleja de mí este cáliz; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya*». Siempre se reconoció amado por el Padre: «*ya me amabas antes de la creación del mundo*». Y Jesús, en su corazón humano, se extasiaba escuchando que el Padre le decía: «*Tú eres mi Hijo muy querido, en ti tengo puesta toda mi predilección*». El cuarto Evangelio dice que el Hijo eterno del Padre estuvo siempre «*en el seno del Padre*». San Ireneo afirma que «*el Hijo de Dios existió siempre frente al Padre*». Por eso, cuando el Hijo se hizo hombre, pasaba noches enteras comunicándose con el Padre amado, en la cima del monte. Él decía: «*debo ocuparme de los asuntos de mi Padre*». Miremos sus alabanzas: «*Jesús se estremeció de gozo, movido por el Espíritu Santo, y dijo: “¡Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra!”*». Y sus últimas palabras llenas de confianza fueron: «*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*»

Pausa

SILENCIO MÁS LARGO

Testimonio: Randy y la defensa de la Eucaristía en el Capitolio de Estados Unidos.

Desde el 28 de marzo, día en que la organización satanista Satanic Grotto trató de llevar a cabo un ritual de consagración a Satán en el capitolio de Kansas (EEUU), sabemos de un hombre que valientemente trató de impedir el acto y rescatar lo que parecía una hostia empleada en el ritual. Desde entonces, multitud de dudas se encontraban aún sin respuesta. ¿Quién fue aquel valiente personaje aparentemente ataviado como el resto de satanistas presentes? ¿Qué le motivó a hacer lo que hizo? Se trata de preguntas que *Tradición, familia y propiedad*, una de las organizaciones católicas convocantes del “escrache”, reparación y protesta frente a los satanistas. El protagonista de la historia apodado como “el San Tarsicio moderno” fue Randy, un católico casado, padre de familia, empleado del sector de la construcción y con experiencia militar que había acudido al ritual simulando ser uno de los satanistas. Enterado del juramento de Stewart de que no había robado ninguna hostia, desconfiaba de que el luciferino fuese sincero al respecto, lo que pareció confirmarse al inicio del evento.

“Definitivamente no fue robada de la Iglesia Católica, no es una hostia consagrada”, dijo sarcásticamente ante las risas de sus seguidores.

Unas palabras que no hicieron sino confirmar sus sospechas de que lo que Stewart mostraba al público podía tratarse de algo más que una imitación. Entonces la elevó, la partió por la mitad y la lanzó al suelo dispuesto a pisarla.

Las imágenes de lo sucedido a continuación dieron la vuelta al mundo. Randy, sin apenas tiempo de reacción y a pocos metros de Stewart, corpulento, en apariencia uno de los satanistas y hasta ese momento rezando en su interior, entró en acción.

Las imágenes muestran a Randy hasta el momento en que se tira al suelo, perdiendo durante unos segundos el transcurso de los hechos. Relata que cuando se lanzó, trató

de mantener su atención en los fragmentos y partículas, esperando que las fuertes ráfagas de viento no jugasen en su contra. De hecho, gracias a esto último la hostia se movió unos centímetros de su localización, alejándose de la trayectoria de la pisada que preparaba el satanista. Entonces Randy aprovechó para recuperar los fragmentos, viendo como uno de ellos era rozado por Stewart, que impidió que lo pisase por completo.

Entonces Stewart levantó su zapato y el católico pudo recuperar y consumir lo que todavía no sabía si era una hostia consagrada o no. En ese momento calcula que había consumido tres cuartas partes de la hostia, partida en múltiples fragmentos en el suelo que buscaba y recibía sin pausa mientras el satanista le pateaba y propinaba puñetazos contra el asfalto. Con todo, la experiencia militar, su empleo en la construcción y, especialmente, lo que define como la “protección de San Miguel” permitieron al católico sobrellevarlo y cumplir su objetivo. “Los golpes le dolían menos de lo normal”.

Se ha especulado mucho en torno a si la hostia rescatada de manos de los satanistas estaba consagrada o no. Randy contó que estuvo en el capitolio, donde iba a tener lugar el ritual, desde la noche antes. Allí rezo durante horas, pidiendo la certeza de saber si estaba consagrada, pero esta no llegaba. Randy decidió actuar de todos modos. “El riesgo de dañar el cuerpo, sangre, alma y divinidad del Santísimo Sacramento era demasiado grande como para no hacer nada”. Sin embargo, durante el acto, tuvo varios indicios que apuntaban a que la empleada por Stewart era una hostia consagrada.

Por ejemplo, la forma en que estaba envuelta por el satanista, en dos bolsas y cubierta por una funda de terciopelo, muy distinta a las repartidas a los asistentes al ritual en el llamado “kit de misa negra”.

El segundo dato que le hizo sospechar fue la risa generalizada entre los seguidores de Stewart cuando este aseguró que no era robada. Lo que cree que confirmó sus sospechas fue la reacción del satanista ante la intervención de Randy. Si no estuviese consagrada, podría haber cogido cualquiera de las que tenían los satanistas, pero reaccionó violentamente y cuando Randy la recuperó, el ritual finalizó de inmediato.

Tras el acto, ambos fueron retenidos en el mismo lugar, donde se encontraron frente a frente a pocos metros y Randy comenzó a rezar la oración al arcángel San Miguel. Poco después, el católico fue puesto en libertad sin cargos y se puso a disposición de las autoridades para colaborar cuando Stewart deba enfrentarse a la justicia: tras la intervención de Randy, Stewart accedió al interior del capitolio dispuesto a proseguir el ritual, tras ser advertido de que sería arrestado, lo que finalmente sucedió tras acceder y agredir al personal.

Pausa

CANTO: “HEME AQUÍ”

Heme aquí, heme aquí, ante tu presencia. Heme aquí, heme aquí. Hágase en mí tu voluntad. Yo esperaba al Señor. Él escuchó mi lamento. Puso en mi boca un canto. Un nuevo himno a nuestro Dios.

SÍMBOLO: Colocamos junto al Señor la imagen del “**ancla**”, símbolo de la esperanza. Con ella pedimos al Señor por los frutos del Año Jubilar de la esperanza en el que estamos inmersos: por todas las convocatorias e iniciativas jubilares y para ganar la indulgencia plenaria.

ORACIÓN DEL JUBILEO 2025

Padre que estás en el cielo, la *fe* que nos has donado en tu Hijo Jesucristo, nuestro hermano, y la llama de *caridad* infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo, despierten en nosotros la bienaventurada *esperanza* en la venida de tu Reino.

Tu gracia nos transforme en dedicados cultivadores de las semillas del Evangelio que fermenten la humanidad y el cosmos, en espera confiada de los cielos nuevos y de la tierra nueva, cuando vencidas las fuerzas del mal, se manifestará para siempre tu gloria.

La gracia del Jubileo reavive en nosotros, *Peregrinos de Esperanza*, el anhelo de los bienes celestiales y derrame en el mundo entero la alegría y la paz de nuestro Redentor. A ti, Dios bendito eternamente, sea la alabanza y la gloria por los siglos. Amén.

CANTO: “Te seguiré”

Te seguiré, Señor, seguiré tus pasos. Y siempre por tus sendas caminaré. Te seguiré por la senda del amor, y regalaré al mundo la vida. Te seguiré por la senda del dolor, pero en la Cruz se encuentra la salvación.



SEGUNDA PARTE: EL BESO DE JUDAS

Del evangelio de San Lucas 22, 47-53

Todavía estaba hablando Jesús, cuando apareció una turba; iba a la cabeza el llamado Judas, uno de los Doce. Y se acercó a besar a Jesús. Jesús le dijo: «Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?». Viendo los que estaban con él lo que iba a pasar, dijeron: «Señor, ¿herimos con la espada?». Y uno de ellos hirió al criado del sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha. Jesús intervino diciendo: «Dejadlo, basta». Y, tocándole la oreja, lo curó. Jesús dijo a los sumos sacerdotes y a los oficiales del templo, y a los ancianos que habían venido contra él: «¿Habéis salido con espadas y palos como en busca de un bandido? Estando a diario en el templo con vosotros, no me prendisteis. Pero esta es vuestra hora y la del poder de las tinieblas».

Pausa

No sabemos cómo fue la vida de Judas. Un muchacho normal, tal vez, e incluso con inquietudes, porque el Señor lo llamó a ser discípulo. Él nunca logró serlo: no tenía boca de discípulo ni corazón de discípulo. Era débil en el discipulado, pero Jesús lo amaba... Luego el Evangelio nos hace comprender que le gustaba el dinero: en casa de Lázaro, cuando María ungió los pies de Jesús con aquel perfume tan caro, hizo una reflexión y Juan subraya: “Pero no lo dice porque amaba a los pobres: porque era ladrón”. El amor por el dinero lo había llevado fuera de las reglas: a robar, y de robar a traicionar hay un paso, pequeñito. Quien ama demasiado el dinero traiciona para tener más, siempre: es una regla, es un hecho comprobado. El Judas muchacho, quizás bueno, con buenas intenciones, termina siendo un traidor hasta el punto de ir al mercado a vender: “Fue donde los sumos sacerdotes y les dijo: «¿Qué me daréis, si os lo entrego?»” Este hombre estaba fuera de sí.

Jesús nunca dice a Judas “traidor”; dice que será traicionado, pero no le dice a él “traidor”. Nunca dice: “Vete, traidor”. ¡Nunca! Es más, le llama: “Amigo”, y lo besa. El misterio de Judas: ¿cómo es el misterio de Judas? No sé... ¿Cómo terminó Judas? No lo sé. Jesús amenaza con fuerza, aquí; amenaza con fuerza: “¡Ay de aquel por quien el Hijo del hombre es entregado! ¡Más le habría valido a ese hombre no haber nacido!” ¿Pero eso significa que Judas está en el infierno? No lo sé. Y escucho la palabra de Jesús: “Amigo”.

Pausa

Pero esto nos hace pensar en otra cosa, que es más real, más que hoy: el diablo entró en Judas, fue el diablo quien lo llevó a este punto. ¿Y cómo terminó la historia? El diablo es un mal pagador. No es un pagador confiable. Te promete todo, te hace ver todo y al final te deja solo a ahorcarte en tu desesperación.

El corazón de Judas, inquieto, atormentado por la codicia y atormentado por el amor a Jesús —un amor que no ha logrado hacerse amor—, atormentado por esta niebla, vuelve a los sacerdotes pidiendo perdón, pidiendo salvación. “¿A nosotros, ¿qué? Tú verás...” El diablo habla así y nos deja en la desesperación.

Pensemos en tantos Judas institucionalizados en este mundo, que explotan a la gente. Y también pensemos en el *pequeño Judas* que cada uno de nosotros tiene dentro de sí a la hora de elegir: entre lealtad o interés. Cada uno de nosotros tiene la capacidad de traicionar, de vender, de elegir por el propio interés. Cada uno de nosotros tiene la posibilidad de dejarse atraer por el amor al dinero o a los bienes o al bienestar futuro. “Judas, ¿dónde estás?”. Pero la pregunta la hago a cada uno de nosotros: “Tú, Judas, *el pequeño Judas* que tengo dentro: ¿dónde estás?”.

Pausa

Varias santas mujeres han narrado experiencias de su encuentro con Cristo, caracterizado por el reposo en el Corazón del Señor, fuente de vida y de paz interior. Santa Gertrudis, religiosa cisterciense, narró un momento de oración en el cual reclinó la cabeza en el Corazón de Cristo y escuchó sus latidos. En un diálogo con san Juan Evangelista le preguntó por qué en su Evangelio él no había hablado de lo que vivió cuando tuvo esa misma experiencia. Concluye Gertrudis que «la dulzura de esos latidos se reservó para los tiempos modernos, de manera que, escuchándolos, pueda renovarse el mundo envejecido y tibio en el amor de Dios». ¿Podríamos pensar que es un anuncio referido a nuestros tiempos, un llamado a reconocer cómo se ha vuelto “viejo” este mundo, necesitado de percibir el mensaje siempre nuevo del amor de Cristo? Santa Gertrudis y santa Matilde han sido consideradas entre «las confidentes más íntimas del Sagrado Corazón».

Pausa

Decía San Francisco de Sales: «Este corazón muy adorable y muy amable de Nuestro Maestro ardiendo del amor que nos profesa, corazón en el que vemos todos nuestros nombres escritos. Ciertamente es asunto de grandísimo consuelo que seamos amados tan entrañablemente por Nuestro Señor que nos lleva siempre en su Corazón».

Ese nombre propio escrito en el Corazón de Cristo era el modo como san Francisco de Sales intentaba simbolizar hasta qué punto el amor de Cristo hacia cada uno no es abstracto o genérico sino que implica una personalización donde el creyente se siente valorado y reconocido por sí mismo: «¿Qué hermoso es este Cielo ahora que el Salvador es su sol y el pecho de Él una fuente de amor de la cual los bienaventurados beben según su deseo! Cada uno va a mirar allí dentro y ve su nombre escrito con caracteres de amor, que sólo el verdadero amor puede leer y que el verdadero amor ha grabado. ¡Ah Dios! mi querida hija, ¿acaso los nuestros no estarán allí? Sí

estarán, sin duda; pues, por más que nuestro corazón no tiene el amor, tiene no obstante el deseo del amor y el comienzo del amor».

Pausa

SILENCIO MÁS LARGO

CANTO “Heme aquí”

Heme aquí, heme aquí, ante tu presencia. Heme aquí, heme aquí, hágase en mí tu voluntad. Como está escrito en tu libro, para hacer tu voluntad. Oh, Señor, yo lo quiero. Llevo tu ley en mis entrañas

SÍMBOLO: Colocamos junto a la reserva eucarística una **estola sacerdotal**. Te pedimos por todos los sacerdotes, para que siempre sean el espejo del abrazo de Dios al mundo, en particular para los que sufren las consecuencias de la violencia y del mal.

ORACIÓN DE CONFIANZA DE SAN CLAUDIO

«Estoy tan convencido, Dios mío, de que velas sobre todos los que esperan en Ti, y de que no puede faltar cosa alguna a quien aguarda de Ti todas las cosas, que he determinado vivir de ahora en adelante sin ningún cuidado, descargándome en Ti de todas mis solicitudes. No por eso perderé la esperanza; antes la conservaré hasta el postrer suspiro de mi vida y vanos serán los esfuerzos de todos los demonios del infierno por arrancármela. Que otros esperen la dicha de sus riquezas o de sus talentos; que descansen otros en la inocencia de su vida, o en la aspereza de su penitencia, o en la multitud de sus buenas obras, o en el fervor de sus oraciones; en cuanto a mí toda mi confianza se funda en mi misma confianza. Confianza semejante jamás salió fallida a nadie. Así que, seguro estoy de ser eternamente bienaventurado, porque espero firmemente serlo, y porque eres Tú, Dios mío, de quien lo espero».

Canto: “Tengo miedo”

Tengo miedo Señor de que ames, miedo de que me elijas por amigo. Tengo miedo de estar solo contigo. Miedo, de que te vuelvas y me llames. No te puedo seguir, aunque reclamas mi amistad y mi amor como un mendigo, que estoy enamorado y no consigo romper este amorío cuando llamas. Y es que es tan grande la atracción humana que yo no puedo abandonar su encanto; tengo abierta al mundo una ventana, y las voces que oigo atraen tanto, que me da miedo entender tu llana voz de Maestro que me quiere santo.

Ya no temo Señor, el que me llames, ni temo el que me elijas como amigo. Me forzaste, Señor, y me has podido, y quiero decir sí, cuando me llames. Tengo aún abierta al mundo mi ventana, mas ya no me seducen sus encantos, que mi alma tan solo escucha el canto de un Divino Trovador que me reclama. Y en la playa del mar de tu ternura, he llorado de amor al ver tu mano tocar mi corazón pidiendo ayuda. Y al silbo de tus labios he dejado, como una gota más de esa abertura, mi pobre corazón, mi pobre corazón, mi pobre corazón en tu costado.



TERCERA PARTE: EL CÁLIZ DE JESÚS

Del santo evangelio según san Juan 18, 1-11

*En aquel tiempo después de decir esto, salió Jesús con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, y entraron allí él y sus discípulos. Judas, el que lo iba a entregar, conocía también el sitio, porque Jesús se reunía a menudo allí con sus discípulos. Judas entonces, tomando una cohorte y unos guardias de los sumos sacerdotes y de los fariseos, entró allí con faroles, antorchas y armas. Jesús, sabiendo todo lo que venía sobre él, se adelantó y les dijo: «¿A quién buscáis?». Le contestaron: «A Jesús, el Nazareno». Les dijo Jesús: «Yo soy». Estaba también con ellos Judas, el que lo iba a entregar. Al decirles: «Yo soy», retrocedieron y cayeron a tierra. Les preguntó otra vez: «¿A quién buscáis?». Ellos dijeron: «A Jesús, el Nazareno». Jesús contestó: «Os he dicho que soy yo. Si me buscáis a mí, dejad marchar a estos». Y así se cumplió lo que había dicho: «No he perdido a ninguno de los que me diste». Entonces Simón Pedro, que llevaba una espada, la sacó e hirió al criado del sumo sacerdote, cortándole la oreja derecha. Este criado se llamaba Malco. Dijo entonces Jesús a Pedro: «Mete la espada en la vaina. **El cáliz que me ha dado mi Padre, ¿no lo voy a beber?».***

Pausa

Testimonio del Papa Francisco en su autobiografía sobre los supervivientes del avión estrellado en los Andes.

Todo ocurrió una tarde de octubre de 1972, cuando un avión charter que se dirigía de Montevideo (Uruguay) a Santiago (Chile), con cuarenta y cinco pasajeros y tripulantes, entre ellos diecinueve integrantes del equipo de rugby, con sus familiares y amigos, se estrelló al sobrevolar el monte Sosneado, en la frontera entre Argentina y Chile.

Yo en aquella época era maestro de novicios en Villa Barilari, en San Miguel. Aquellos hombres se quedarían solos, solos en lo que se convertiría en su 'sociedad de la nieve', para afrontar un desafío desesperado, entre grandes sufrimientos, nuevos duelos, fraternidad, apoyo mutuo y oración diaria. En un pacto extremo y mutuo de amor, los pasajeros que habían muerto se convirtieron en "sustento y esperanza para los que aún estaban vivos. Dos meses después del accidente, ya era evidente que las operaciones de búsqueda habían sido abandonadas, que no llegaría nadie para salvarlos. Quedaban sólo dieciséis pasajeros y tres de ellos decidieron emprender una expedición que parecía casi imposible en aquellas condiciones: escalar la montaña

que se alzaba frente a ellos hacia el oeste. Cuando, a pesar de la falta de oxígeno y la deshidratación, tras días de agonizante escalada, finalmente alcanzaron la cima, descubrieron que lo que les esperaba no era lo que habían imaginado sino, en cambio, una nueva e intrincada sucesión de montañas y montañas, que se extendía decenas de kilómetros ante ellos. Ni siquiera entonces se rindieron, sino que calcularon juntos que las provisiones que habían llevado no serían suficientes para los tres, por lo que uno regresó al campamento deslizándose en el trineo-maleta hasta el fuselaje, entre rocas de hielo y grietas. Más increíble todavía los otros dos prosiguieron, cada vez más exhaustos, tambaleándose, agarrándose el uno al otro de modo que los dos se movían como uno solo, hasta que, al cabo de otros siete días, vieron primero los restos de una lata, luego una vaca y, por último, un pastor, que se mostró aún más incrédulo que ellos ante lo que parecía el espectáculo de fantasmas. Fue la salvación para ellos y para todos sus amigos, que aún vivían después de setenta y dos días en la montaña.

El Papa recuerda que, en 2022, con motivo del 50 aniversario del desastre, uno de los supervivientes, Gustavo Zerbino, que tenía 19 años en el momento del accidente, le escribió en nombre de todos ellos. En la montaña habían formado una comunidad unida y habían trabajado codo con codo según los mismos valores de lealtad, amistad y solidaridad, que habían vivido en sus familias y en su parroquia: un vínculo, que, en esas circunstancias extremas, se sellaba cada noche con el rezo compartido del Rosario. Esos hombres y mujeres habían esperado juntos, con la fuerza y el apoyo de la oración y del trabajo en equipo. En las condiciones más duras fueron testigos y profetas de una esperanza compartida. Y cuando todo terminó, incluso el dolor agonizante de las madres de los que no regresaron de aquella montaña, supieron, como nos muestra la Pascua, cómo trascenderse para convertirse en ejemplo de servicio a los demás, en nuestras acciones y en nuestras palabras.

Pausa

Cristo te pide que, sin descuidar la prudencia y el respeto, no tengas vergüenza de reconocer tu amistad con él. Te pide que te atrevas a contar a los otros que te hace bien haberlo encontrado: «Al que me reconozca abiertamente ante los hombres, yo lo reconoceré ante mi Padre que está en el cielo». Pero para el corazón amante no es una obligación, es una necesidad difícil de contener: «¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!»

El amor a los hermanos de la propia comunidad —religiosa, parroquial, diocesana, etc.— es como un combustible que alimenta nuestra relación de amigos con Jesús. Los actos de amor a los hermanos de comunidad pueden ser el mejor o, a veces, el único modo posible de expresar ante los demás el amor de Jesucristo. Lo decía el mismo Señor: «En esto todos reconocerán que ustedes son mis discípulos: en el amor que se tengan los unos a los otros».

Es un amor que se vuelve servicio comunitario. No me canso de recordar que Jesús lo dijo con gran claridad: «Cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo» (Mt 25,40). Él te propone que lo encuentres también allí, en cada hermano y en cada hermana.

El amor a los hermanos no se fabrica, no es resultado de nuestro esfuerzo natural, sino que requiere una transformación de nuestro corazón egoísta. Entonces nace de una forma espontánea la célebre súplica: “Jesús, haz nuestro corazón semejante al tuyo”. Por esta misma razón, la invitación de san Pablo no era: “esfuércense por hacer obras buenas”. Su invitación era más precisamente: «Tengan entre ustedes los mismos sentimientos de Cristo Jesús».

CANTO “Heme aquí”

Heme aquí, heme aquí, ante tu presencia. Heme aquí, heme aquí, hágase en mí tu voluntad. Tu salvación he proclamado. Ante la gran asamblea. No he cerrado mi boca. Sí, Señor, ¡Tú bien lo sabes!

SÍMBOLO: Ahora colocaremos junto a Jesús Sacramentado **un pequeño cesto** en el que cada uno iremos echando con una breve oración o petición que escribamos, pidiendo fuerza para vivir el mandamiento del amor fraterno, que Jesús estableció en la Última Cena.

CANCIÓN “Nos hiciste, Señor, para ti”

Nos hiciste, Señor, para ti / y nuestro corazón / estará inquieto, /estará inquieto, / estará inquieto.

- 1.- ¿Quién me dará descansar en Ti? / ¿Cuándo podrás venir a mi corazón y embriagarme, / hasta abrazarme contigo, / único bien mío?
- 2.- ¿Quién eres Tú para mí? / Y, ¿qué soy yo para Ti que me pides amarte? / Dime por tus misericordias.
- 3.- Señor y Dios mío, ¿qué eres para mí? / Di a mi alma: «Yo soy tu salvación». / Abre mis oídos y di: «Yo soy tu Salvador».

ORACIÓN FINAL DE SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS

«Yo quiero un corazón ardiente de ternura
que me sirva de apoyo sin jamás vacilar,
que todo lo ame en mí, incluso mi pobreza...,
que nunca me abandone, ni me olvide jamás. [...]
¡Yo necesito a un Dios de humanidad vestido,
que se haga hermano mío y que pueda penar! [...]
Sé que nuestras justicias y todos nuestros méritos
carecen de valor a tus divinos ojos [...]
por eso he escogido para mi purgatorio
tu amor consumidor, ¡Corazón de mi Dios!».

ESTACIÓN AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

℣. Viva Jesús Sacramentado. ℞. Viva y de todos sea amado